

DC 204

TS

1846

V. 13



Biblioteca Universitaria
de la Universidad de Valencia

LIBRO CUARENTA Y UNO.

El concilio.

Nacimiento del rey de Roma el 20 de marzo de 1814.—Aplazamiento de la ceremonia del bautizo para el mes de junio.—Diversas circunstancias que á la sazón entristecen á Francia y comprimen el vuelo del público alborozo.—Aumento de desconfianza respecto de Rusia, aceleracion de los armamentos y rigor con que se hace la quinta.—Crisis mercantil é industrial producida por el exceso de fabricacion y la complicacion de las leyes de aduanas.—Numerosas quiebras en las industrias de hilados y tejidos de algodón, de paños, de sedas, de azúcar refinada, etc.—Auxilios que Napoleon proporciona al comercio y la industria.—Agréganse á estas causas de malestar los disturbios religiosos.—Esfuerzos del papa y de parte del clero para imposibilitar la administracion provisional de las diócesis.—Intrigas cerca de los cabildos para impedirles conferir á los nuevos prelados la calidad de vicarios capitulares.—Breves del papa á los cabildos de Paris, de Florencia y de Asti.—Casualidad que hace descubrir estos breves.—Arresto de Mr. de Astros; expulsion violenta de Mr. de Portalis del consejo de Estado.—Rigores contra el clero y sumision de los cabildos recalci-trantes.—Viéndose Napoleon expuesto á los peligros de un cisma, proyecta la reunion de un concilio, del cual espera servirse para vencer la resistencia del papa.—Exámen de las cuestiones

á que da margen la reunion del concilio, y su convocatoria para el mes de junio y dia del bautizo del rey de Roma.—Curso de los asuntos exteriores hasta la época del bautizo y del concilio.—Napoleon retira al duque de Cadore la cartera de Negocios extranjeros para dársela al duque de Basano.—Partida de Mr. de Lauriston para reemplazar á Mr. de Caulaincourt en San Petersburgo.—Lentitudes calculadas de su viaje.—Conferencias del emperador Alejandro con Mrs. de Caulaincourt y de Lauriston.—Sabido el emperador Alejandro que sus armamentos han ofuscado á Napoleon, explica el origen y extension de ellos, y se empeña en probar que han seguido y no precedido á los de Francia.—Su deseo sincero de la paz, bien que con la resolucion irrevocable de atenerse relativamente al bloqueo continental á las providencias ya adoptadas.—De las explicaciones del emperador Alejandro deduce Napoleon que la guerra es segura, aun cuando no antes de un año.—Consiguientemente se toma para sus armamentos mas tiempo y les da mayores proporciones.—Lo prepara todo con el fin de emprender la guerra al asomar la primavera de 1812.—Miras y direccion de su diplomacia para con las diferentes potencias de Europa.—Estado de la corte de Viena despues del matrimonio de Napoleon con Maria Luisa: politica del emperador Francisco y de Mr. de Metternich.—Probabilidad de una alianza con Austria, sus condiciones, su grado de sinceridad.—Estado de la corte de Prusia.—El rey Federico Guillermo y Mr. de Hardenberg, sus inquietudes y su política.—Suecia y Dinamarca.—Celo de Dinamarca por cooperar al bloqueo continental.—Mala fé de Suecia.—Se aprovecha esta potencia de la paz concedida por Francia para constituirse en agente intermedio del comercio clandestino.—Establecimiento de Gothemburgo destinado á reemplazar al de Heligoland.—Dificultades relativas á la sucesion al trono.—Queda esta vacante de resultas de la muerte del principe real adoptado por el nuevo rey Carlos XIII.—Numerosos partidos en Suecia y sus diversas miras sobre la eleccion del sucesor al trono.—En su apuro se fijan de repente en el principe de Ponte-Corvo (mariscal Bernadotte), esperando grangearse el favor de Francia.—Ageno Napoleon á la eleccion, permite que el principe de Ponte-Corvo acepte.—No bien llegado el recien electo á Suecia, codicia la Noruega para lisonjear la ambicion de sus nuevos súbditos y propone á Napoleon que le facilite su conquista.—Fiel Napoleon á Dinamarca rechaza la propuesta.—Disposiciones generales de Alemania en el momento en que parece prepararse una guerra general en el Norte.—Al par que Napoleon combina sus ejércitos y sus alianzas, se ocupa activamente en sus asuntos interiores.—Bautizo del rey de Roma.—Grandes fiestas con que se solemniza.—Preparativos del concilio.—Causas de preferirse un concilio nacional á un concilio general.—Cuestiones que le serán propuestas.—Resúmense todas en una, la eleccion canónica de los obispos.—Antes de reunirse el concilio son enviados tres prelados á Savona para tantear la manera de entenderse con

el papa y no hacer al concilio mas que proposiciones concertadas con la Santa Sede.—Estos prelados son el arzobispo de Tours y los obispos de Nantes y de Tréveris.—Su viaje á Savona.—Recibimiento que les hace el papa.—Pío VII presta un consentimiento indirecto al sistema propuesto para la institucion canónica, y aplaza el arreglo general de los asuntos de la Iglesia para la época en que se le restituya la libertad y un consejo.—Vuelta de los tres prelados á Paris.—Reunion del concilio el 17 de junio.—Disposiciones de los diversos partidos que lo componen.—Ceremonial, discurso de apertura y juramento de fidelidad á la Santa Sede.—Apenas reunidos los prelados, les domina un sentimiento comun de simpatia hacia los infortunios de Pío VII y de aversion secreta al despotismo de Napoleon.—Les contiene el miedo.—Primeras sesiones del concilio.—Proyecto de contestacion al discurso imperial.—Dificultades de la redaccion.—Se inflaman los espíritus durante la sesion en que se discute, y un prelado propone dirigirse á Saint-Cloud en cuerpo y con el fin de solicitar la libertad del papa.—Ataja el presidente este movimiento suspendiendo la sesion.—Se adopta el proyecto de contestacion despues de muchas supresiones y Napoleon se niega á recibirlo.—Papel moderador de Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, y de Mr. de Barral, arzobispo de Tours.—Torpeza y orgullo del cardenal de Fesch.—Se somete á una comision la cuestion principal sobre la institucion canónica.—Divergencia de pareceres en el seno de esta comision.—A pesar de los esfuerzos de Mr. Duvoisin, se declara la mayoría de sus individuos contra la competencia del concilio.—Irritado Napoleon quiere disolverlo.—Se le exhorta á que espere el resultado definitivo.—Mr. Duvoisin compromete á la comision á que tome por base las proposiciones admitidas por el papa en Savona.—Se adopta este dictamen al pronto, mas no se aprueba definitivamente, sin remitirse de nuevo al papa, suponiendo la incompetencia del concilio.—Este dictamen, presentado por el obispo de Tournay, excita una escena tempestuosa en el concilio y manifestaciones casi facciosas.—Napoleon disuelve el concilio y envia á Vincennes á los obispos de Gante, de Tournay y de Troyes.—Espantados los prelados se prestan á transacciones.—Se recogen los dictámenes individualmente y asegurada una mayoría, se vuelve á juntar el concilio el 5 de agosto.—Esta asamblea da un decreto casi conforme al que se deseaba de ella, pero con un recurso al papa que no envuelve á pesar de todo la idea de la incompetencia del concilio.—Nueva diputacion de algunos cardenales y prelados á Savona con el fin de obtener la adhesion del papa á los actos del concilio.—Cansado Napoleon de esta disputa religiosa, ya no propende mas que á desembarazarse de los prelados reunidos en Paris y á aprovechar la coyuntura de la diputacion enviada á Savona, para alcanzar la institucion de los veinte y siete prelados electos y no instituidos.—Fija de continuo la mente en la próxima guerra del Norte, se lisonjea de que, victorioso una vez mas, todo el mundo

cederá á su ascendiente.—Nuevas explicaciones con Rusia.—Conversacion de Napoleon con el principe Kourakin en la noche del 15 de agosto.—Esta conversacion deja pocas esperanzas de paz é incita á Napoleon á continuar con mayor actividad aun sus aprestos.—Marcha de los cuartos y sextos batallones.—Destino de los sesenta mil refractarios á quienes se ha obligado á reunirse de nuevo.—Modo de sujetarlos al servicio militar.—Formacion de cuatro ejércitos para la guerra de Rusia y preparacion de una reserva para España.—Viage de Napoleon á Holanda y á las provincias del Rin.—Plan de defensa de Holanda.—La presencia de Napoleon sirve de pretexto para juntar la caballeria de linea y encaminarla hacia el Elba.—Creacion de los lanceros.—Inspeccion de las tropas destinadas á la guerra de Rusia.—Permanencia en Wesel, en Colonia y en las ciudades del Rin.—Asuntos diversos en que se ocupa Napoleon durante su viage.—Arreglo con Prusia.—Es llamado de Estokolmo el ministro de Francia.—Continuacion y término aparente de la disputa religiosa.—Aceptacion por Pio VII del decreto del concilio con razones que no convienen á Napoleon.—Este acepta la parte dispositiva sin el considerando, y envia á sus diócesis á los prelados que habian compuesto el concilio.—Su regreso á Paris en noviembre y su aplicacion á despachar todos los asuntos interiores, á fin de no dejar nada atrasado al partir para Rusia.

En medio de los diferentes y complicados sucesos que acaban de ser referidos, Napoleon habia visto realizado su principal anhelo, obteniendo de la Providencia un heredero directo de su raza, un hijo que Francia deseaba, y que por su parte no habia cesado él de esperar con entera confianza en la fortuna.

A las nueve de la noche del 19 de marzo de 1811 la emperatriz Maria Luisa, despues de un embarazo feliz, habia sentido los primeros dolores de parto, acudiendo al punto el hábil comadron Dubois, seguido del gran médico de aquella época, Mr. Corvisart. Aunque la jóven emperatriz era de constitucion perfecta, no se habia anunciado el parto con circunstancias favorables del todo, lo cual hi-

zo que Mr. Dubois no pudiera desechar cierta zozobra, pensando en la responsabilidad que sobre él pesaba. Conociendo Napoleon, con su prevision habitual, que la turbacion del facultativo podria ser peligrosa á la madre y al hijo, esforzóse por aligerarle el peso de aquella responsabilidad.—Figuraos, le dijo, que parteais á una tendera de la calle de San Dionisio, es cuanto podeis hacer, y en todo caso salvad primeramente á la madre.—A Mr. Corvisart le encargó no apartarse de Mr. Dubois, y personalmente no cesó de prodigar á la jóven emperatriz los mas tiernos cuidados y de ayudarla con palabras afectuosas á sobrellevar sus sufrimientos. Al cabo en la mañana del 20 de marzo vino al mundo, sin ninguno de los accidentes que se habian temido, aquella criatura á quien estaban prometidos destinos tan altos, y que despues no ha hallado en su camino mas que el destierro y en la flor de su edad la muerte. Napoleon recibióle en sus brazos con júbilo, con ternura, y al saber que era varon, experimentó un sentimiento de orgullo que brilló en su rostro, como si la Providencia le hubiera dado en circunstancia tan importante una nueva y señaladísima muestra de su patrocinio. Presentó el recién nacido á su familia, á su corte, y despues le entregó á madama de Montesquiou, nombrada aya de los hijos de Francia. Inmediatamente el cañon de los Inválidos empezó á anunciar á la capital el nacimiento del heredero destinado á reinar sobre la mayor parte de Europa. De antemano se habia dicho que si el recién nacido era varon, no se dispararian solo veinte y un cañonazos, sino ciento y uno. Salida de las casas la poblacion y desparramada por las calles,

contaba los estampidos del cañon con ansiedad extremada, y al pasar de los veinte y uno, experimentó casi tanto alborozo como en los mas bellos dias del reinado, y á pesar de muchas causas de tristeza, unas ya conocidas y otras que van á serlo, felicitóse de ver tal prenda de perpetuidad dada por la Providencia á la dinastía de Napoleon. Sin embargo, no era la efusion aquella de alegría y de entusiasmo de los primeros tiempos, cuando no se veía en Napoleon mas que al salvador de la sociedad, al restaurador de los altares, al autor de la grandeza nacional, al guerrero invencible y prudente, que no peleaba sino para obtener una paz gloriosa y duradera. Temores sombríos, inspirados por este genio inmoderado, habian resfriado el afecto, perturbado la quietud y alarmado la prevision: con todo hubo otra vez alegría y se cobró nueva confianza en el destino del grande hombre, á quien el cielo parecia favorecer tan visiblemente.

A tenor del decreto que habia clasificado á Roma como segunda ciudad del Imperio, y á imitacion de los antiguos usos germánicos, segun los cuales el principe destinado á suceder en el trono se denominaba rey de romanos antes de recibir el título de emperador, ahora el principe recién nacido fué llamado rey de Roma, y su bautizo, que se habia de celebrar con tanta pompa como la consagracion, se aplazó para el mes de junio. Por de pronto no se hizo mas que la ceremonia cristiana del agua de socorro, y todo se redujo á participar el fausto suceso á los diversos cuerpos del Estado, á los departamentos y á todas las córtes de Europa.

¡Singular irrisión de la fortuna! ¡Aquel heredero tan deseado, tan festejado, destinado á per-

petuar el Imperio, venia al mundo cuando este imperio gigantesco, minado por todas partes soradamente, se acercaba al término de su duracion! A la verdad pocos espíritus sabian descubrir las causas profundamente ocultas de su próxima ruina, de las masas se habian apoderado secretas zozobras, y el sentimiento de la seguridad habia desaparecido de ellas, bien que el de la sumision subsistiera en todo su auge. Divulgándose habia generalmente y causado universal inquietud el rumor de una vasta guerra en el Norte, guerra que todos temian instintivamente, y mas no estando concluida aun la de España. Por causa de esta nueva guerra se ejecutaba con extremado rigor la conscripcion ó quinta; ademas una violenta crisis trabajaba á la sazón al comercio y la industria, y por remate se envenenaba al parecer la disputa religiosa y hacia temer un nuevo cisma. Tales eran los motivos diversos que concurrían á perturbar harto gravemente el júbilo inspirado por el nacimiento del rey de Roma.

Súbito Napoleon habia pasado de un armamento de precaucion á un armamento de urgencia contra Rusia, como si la guerra hubiera debido estallar durante el verano ó el otoño del presente año de 1811. Con efecto, Rusia, que se habia limitado hasta ahora á algunos trabajos á orillas del Dwina y del Dnieper, á algunos movimientos de tropas de Finlandia á Lituania, de imposible ocultacion sin duda, pero fáciles de explicar de una manera especiosa, al ver por todas partes el desarrollo cada vez mas vasto y mas rápido de los armamentos de Napoleon, se habia resuelto al cabo á tomar la providencia mas grave, la mas penosa

para ella, la mas significativa á los ojos de Europa, la de debilitar sus ejércitos del Danubio, lo cual debia poner en cuestion la conquista tan ardentemente deseada de las provincias de Valaquia y Moldavia. De las nueve divisiones que operaban en Turquía hizo retroceder á cinco, tres de ellas hasta el Pruth y dos hasta el Dnieper. Trasmitida la noticia de este movimiento retrógrado por nuestros agentes diplomáticos acreditados en las provincias danubianas, produjo en el ánimo de Napoleon la impresion mas viva. En lugar de limitarse á ver en hecho semejante el miedo que infundia su persona, tuvo miedo él mismo, y creyó descubrir en esta conducta de Rusia la prueba de intenciones, no defensivas, sino agresivas. Se equivocaba del todo; pero habituado á los odios de Europa, á las perdidas que estos odios engendraban á menudo, supuso un pacto secreto de Rusia con sus enemigos declarados ó encubiertos, especialmente con los ingleses, y creyó que no seria ir muy de prisa el aprestarse á la guerra para el mes de julio ó de agosto del presente año. Asi en vez de remediar el mal suspendiendo sus armamentos, sin perjuicio de volver á impulsarlos, si no obtenia una explicacion satisfactoria, agravólo multiplicando y acelerando sus preparativos de manera de no poder ya ocultarlos ni explicarlos.

Ya habia resuelto enviar hácia el Elba los cuartos batallones, pues, segun llevamos dicho, los regimientos del mariscal Davout no contaban mas que tres batallones sobre las armas; y se decidió á hacerlos partir inmediatamente y á formar un sexto batallon en estos regimientos, quedando de depósito el quinto, lo cual debia per-

mitir suministrarles cinco batallones de guerra. De tal modo se habia aplicado el mariscal Davout, desde que residia en el Norte, á proporcionar á sus tropas una instruccion teórica igual á su instruccion práctica, que era facil hallar entre ellas los cuadros de un sexto y hasta de un séptimo batallon por regimiento en sargentos que sabian leer y escribir y se habian batido en la Europa toda. Para acelerar la organizacion de estos sextos batallones, dispuso Napoleon que desde las orillas del Elba salieran los cuadros al encuentro de los reclutas partidos desde las orillas del Rhin: ademas envió uniformes, zapatos y armas, á Wesel, Colonia y Maguncia, para que al paso se pudieran proveer los soldados de todo su equipo. Asi esperaba elevar el cuerpo del mariscal Davout á cinco divisiones francesas, sin contar una sexta division que debia ser polaca y formarse de las tropas de Danzick, que iban á recibir aumento. Mandó hacer compras de caballos, particularmente en Alemania: queriendo mas agotar esta comarca que la Francia, sacó de sus cantones á los cazadores, á los coraceros y á los húsares, destinados a la guerra de Rusia, y encargó á los coroneles que se dispusieran á recibir caballos y hombres á fin de poner sus regimientos en pie de guerra. No creyendo que le alcanzara el tiempo para elevar á cinco, ni siquiera á cuatro batallones el cuerpo del Rhin, compuesto, segun se ha dicho, de las antiguas divisiones que habian servido á las órdenes de Lan-nes y Massena, y se hallaban desparramadas en Holanda y en Bélgica, hizo que en su seno se formaran batallones escogidos, donde ingresaran los mejores soldados de cada regimiento. La misma

orden expidió respecto del ejército de Italia, y prescribió la reunion y el equipo en pie de guerra de todos los cuerpos de la vieja y la joven guardia que no se hallaban en España: escribió á todos los príncipes de la Confederacion Germánica pidiéndoles sus contingentes, y se puso en aptitud de elevar para el mes de julio ó de agosto á setenta mil hombres de infanteria el cuerpo del Elba, á cuarenta y cinco mil el del Rhin, á cuarenta mil el de Italia, á mas de doce mil la guardia imperial (total ciento sesenta y siete mil infantes excelentes), á diez y siete ó diez y ocho mil los húsares y cazadores, á quince mil los coraceros, á seis mil las tropas de á caballo de la guardia (total treinta y nueve á cuarenta mil hombres de la mas hermosa caballeria), y por último, á veinte y cuatro mil los soldados de artilleria, capaces de servir ochocientas bocas de fuego, sin contar cien mil polacos, sajones, bávaros, wurtembergeses, badeses, westfalianos, todos los cuales sumaban mas de trescientos mil hombres perfectamente preparados á entrar en campaña dentro de dos meses.

Napoleon llamó de España al mariscal Ney, á quien queria confiar el mando de parte de las tropas reunidas junto al Rhin, destinando el resto al mariscal Oudinot, que se encontraba ya en Holanda. De España llamó tambien al general Montbrun, que por su conducta en Fuentes de Oñoro y en otra porcion de ocasiones, figuraba como uno de los primeros oficiales de caballeria de aquel tiempo.

Recelando una súbita invasion del ducado de Varsovia por los rusos, dió Napoleon al rey de Sajonia, y al príncipe de Poniatowski, lugarteniente de éste en Polonia, la instruccion de trasladar

toda la artilleria, todas las municiones, todos los objetos de equipo, de las plazas abiertas ó débilmente defendidas á las fortalezas del Vístula, tales como Modlin, Thorn, Danzick, con cuyo motivo citaba al uno y al otro el ejemplo de Baviera, donde siempre habian entrado los austriacos antes que los franceses, pero de donde se habian visto obligados á salir casi al punto, sin haber podido tomar ninguna parte del material de guerra. Al rey de Sajonia le recomendó que tuviera todas las tropas sajonas listas para estar en disposicion de llevarlas rápidamente junto al Elba al lado de las del príncipe de Poniatowski. Unas y otras debian estar á las órdenes del mariscal Davout, á quien se le tenia avisado que al primer peligro corriera hacia el Vístula con ciento cincuenta mil hombres, situando cien mil franceses de Danzick á Thorn y cincuenta mil polacos y sajones de Thorn á Varsovia. Con tales precauciones habia manera de responder á todo acto ofensivo de Rusia y hasta de prevenirlo.

Para llenar sus cuadros se habia visto obligado Napoleon á apresurar el sorteo de la quinta de 1841, decretada ya desde el mes de enero. Mas no se limitó á esta providencia, y antes bien quiso recuperar lo atrasado de las quintas anteriores, consistente lo menos en sesenta mil refractarios, que jamás se habian presentado. Aun la quinta no se habia ingerido en nuestras costumbres, como ha penetrado posteriormente, y el rigor con que se ejecutaba entonces, la triste suerte de los hombres llamados al servicio, que antes de la edad viril iban á perecer á España, y mas á menudo por la miseria que por el fuego, no eran á propósito para

predisponer á la poblacion á someterse á ella. En ciertas provincias y particularmente en las del Oeste, del centro y del Mediodía, donde no faltaba bravura, pero donde la sumision á la autoridad central se hallaba menos asentada, se oponia resistencia á la quinta, habiendo en todas las épocas masas de refractarios, que rehusaban acudir al llamamiento de la ley ó desertaban despues de haber acudido. Amparados por la poblacion en todas partes corrian bosques y montañas, y algunas veces hasta hacian guerra á los gendarmes. Lejos de ser cobardes ó impotentes estos hombres, formaban la parte mas briosa, mas atrevida, mas aventurera de la poblacion, y por causa de su misma energia ofrecia mas dificultades plegarlos al yugo de las nuevas leyes. Era la misma clase de hombres que en la Vendée habia suministrado soldados á la insurreccion realista. Mas fuertes por carácter, lo eran por la edad de igual modo, hallándose la mayor parte de ellos en estado de insubordinacion ya hacia muchos años. Por amnistias, por persecuciones y por batidas de los gendarmes, de ochenta mil se habian recuperado como veinte mil de estos hombres, pero cuando menos quedaban sesenta mil en las diversas provincias de Francia, é importaba hacerlos ingresar en las filas, tanto por su calidad como por quitarles la posibilidad de formar en lo interior una nueva chuaneria, pues casi todos pertenecian á los departamentos en que se conservaba un viejo fómes de realismo.

Napoleon que no economizaba los recursos cuando le convenia el logro de un objeto, formó diez ó doce columnas volantes, compuestas de caballeria é infanteria ligeras, y escogidas entre las

tropas mas veteranas, púsolas á las órdenes de generales muy seguros, agrególas pelotones de gendarmes para servir de guias y las hizo emprender la persecucion mas activa contra los refractarios. Estas columnas estaban autorizadas para tratar militarmente á las provincias que iban á recorrer y á poner soldados de guarnicion en las casas de las familias, cuyos hijos no habian acudido al llamamiento. Alojados, mantenidos y pagados habian de ser los soldados estos por los padres de los refractarios hasta que se hubiesen sometido. De aquí les vino el nombre, muy espantoso por aquel tiempo, de *garnisarios*. Si se considera que, por los elementos de que se componian estas columnas se inclinaba á mirar la resistencia al servicio militar como un delito vergonzoso, que hacia pesar exclusivamente sobre los veteranos las cargas de la guerra, si se considera que en los países extranjeros habian contraido el hábito de vivir como tropas conquistadoras, se concebirá facilmente que debian cometer muchos excesos, aun cuando estuvieran en su patria, y que, recayendo sus correrias sobre el disgusto que excitaba el sorteo de 1811, habia de llegar en varias provincias hasta la desesperacion la pena que originaba la quinta.

A los prefectos, cuyo encargo era dirigir el espíritu de las poblaciones en sentido favorable al gobierno, alarmó bastante esta medida, y los hubo que se dolieran de plantearla: sin embargo, algunos, queriendo elevar á la altura de la dificultad su celo, exageraron aun mas en la ejecucion las órdenes de la autoridad suprema, y alentaron, en vez de contener, á las columnas ocupadas en dar caza á los refractarios. Otros tuvieron la idea hon-

rosa de hacer oír sus ruegos en favor de los pobres padres á quienes se arruinaba, y entre ellos, Mr. Lezay-Marnesiá, tuvo en el Bajo Rhin el valor de resistir con todas sus fuerzas al general encargado de dirigir las columnas en su departamento, y de escribir al ministro de Policía cartas muy vehementes para que el mismo Napoleon las viera. Pero la mayor parte de estos altos funcionarios, deplorándolas secretamente, y contentándose por única virtud con no añadir nada á los rigores prescriptos, ejecutaron las órdenes recibidas por no dimitir sus empleos.

Si la poblacion de los campos tenia sus penas, tampoco la de las ciudades carecia de las suyas. Causábalas una crisis mercantil é industrial de las mas graves. Ya hemos referido las providencias tan ingeniosas como violentas imaginadas por Napoleon para estorbar al comercio inglés el acceso del continente, ó para abrirselo á un precio ruinoso, del cual el tesoro imperial sacaba el provecho. Semejantes providencias habian originado, si no todo el efecto que Napoleon se prometia, al menos todo el que razonablemente se podia esperar de ellas, con especialidad cuando para lograrlo era menester contrariar los intereses, los gustos, las inclinaciones, no solo de un pueblo, sino casi de todo el mundo. Salvo algunas introducciones clandestinas hechas por los suecos, que trasportaban fraudulentamente las mercancías coloniales desde Gothenburgo hasta Stralsund; salvo algunas otras introducciones permitidas en la vieja Prusia, tanto por descuido como por malevolencia; salvo algunas otras verificadas en Rusia bajo el pabellon americano, unas y otras condenadas á bajar del Nor-

te al Mediodía por entre mil peligros de ser aprehendidas, recargándose con enormes gastos de trasporte y pagando tarifas ruinosas; salvo, repetimos, estas raras excepciones, ninguna cantidad de azúcar, de café, de algodón, de añil, de palo de tinte, de mercancías exóticas en suma, podia salir de Inglaterra y disminuir la desastrosa acumulacion que se habia operado en Lóndres. Esta situacion, que ya hemos expuesto, no habia hecho mas que agravarse. Superando como siempre el objeto ofrecido á sus ávidos deseos, los fabricantes de Manchester, de Birmingham y de todas las ciudades manufactureras de Inglaterra, habian producido tres ó cuatro veces mas mercancías que las que hubieran podido consumir las colonias de todas las naciones. Obligados se habian visto los bageles expedidos de Liverpool á volver á Europa con parte de sus cargamentos, y los muy escasos que habian conseguido despacharlos, recibieron en trueque géneros coloniales, que se quedaban por vender en los almacenes de Lóndres, y se envilecian hasta el punto de que, segun ya hemos dicho, en gastos de custodia y de almacenage costaban mas de lo que valian. Sin embargo, sobre esta fianza descontaba el Banco el papel de los fabricantes, y les daba su valor en billetes, cuyo aumento creciente amenazaba con una catástrofe á todas horas. A tanto llegaron los ahogos en 1811 que, temeroso el parlamento británico de una general bancarota, hubo de votar 6.000,000 de libras esterlinas (150.000,000 de francos) para distribuirlos por via de socorro y á título de préstamo entre los fabricantes y comerciantes mas apurados. Semejante situacion, mantenida algun tiempo mas, debia venir á parar ine-

vitamente en una catástrofe rentística y comercial ó en un deseo de paz irresistible para el gobierno.

Pero no hay combate en estemundo, cualesquiera que sean las armas de que se haga uso, en que se pueda causar daño sin recibirlo. Napoleon no habia podido lograr que refluyeran en Inglaterra tantos productos agradables ó útiles, ó necesarios á los pueblos del continente, sin originar muchas perturbaciones, y acababa de provocar en Francia y en los países vecinos una crisis mercantil é industrial tan violenta, aunque menos durable por fortuna, que la que afligia á Inglaterra. Véase aqui de que modo sobrevino esta crisis.

Habiendo reemplazado en gran parte los tejidos de algodón á los de cáñamo y de lino, y mas desde que por medios mecánicos se habia llegado á producirlos, ya constituian la mas vasta industria de Europa. Como los fabricantes franceses tenían que surtir á la antigua y la nueva Francia y á casi todo el continente, habian esperado inmensas salidas y proporcionado sus empresas á estas salidas imaginadas. Sin medida habian especulado sobre el surtido exclusivo del continente, como los ingleses sobre el de sus colonias, las francesas, las holandesas y las españolas. Tanto en Alsacia como en Flandes y Normandía los talleres de hilados, tejido y estampado del algodón, se habian multiplicado con una rapidez increíble. Siendo considerable el provecho, á este se habian proporcionado las empresas y aun lo habian superado infinitamente. No era sola la industria algodonera bajo todas sus formas la que habia tomado vuelo semejante; la de paños, contando con la exclusion de los

paños ingleses, con la posesión exclusiva de las lanas españolas, habia olvidado de igual modo toda reserva en la extension dada á su fabricacion. Tambien se habia desarrollado mucho la industria de los muebles, pues hechos á la sazón en Francia segun los modelos antiguos, eran objeto de predileccion general, y mas por la circunstancia de hallarse las maderas exóticas entre los géneros coloniales admitidos en virtud de licencias, y de poderlos producir de esta suerte con bastante baratura. Con admitirse en consecuencia de las licencias mismas los cueros, se habian fomentado á la par todas las industrias á que dá vida esta materia. Muy elegante la quincallería de Francia, aunque inferior entónces á la de Inglaterra, bajo el aspecto de los aceros, se habia aprovechado como las demas industrias de la exclusion de los ingleses. Notables beneficios habian estimulado y multiplicado estos desproporcionadísimos ensayos.

No solo se habia dirigido el ardor del momento hácia la fabricacion de los diversos productos, sino tambien hacia la introduccion de las primeras materias que servian para crearlos.

Se corria á todos los mercados, donde se sabia que se habian de vender azúcares, cafés, algodones, añiles, maderas, cueros; se compraban á porfía las mas pequeñas porciones introducidas en el continente, y se especulaba con furor sobre ellas. De los fondos públicos no se hacia caso, porque eran poco abundantes, y su valor no variaba apenas desde que Napoleon mantenía la renta del 5 por 100 á 80 francos de resultas de la intervencion secreta del tesoro extraordinario. Las acciones del Banco, único efecto público que figuraba á!

Jado de las rentas sobre el Estado, oscilaban entre 1,225 y 1,275, para una renta de 50 á 60 francos, y jamás subían ni bajaban de estos términos extremos. Nada había aquí propio á tentar á los especuladores, porque necesitando grandes eventualidades de ganancia aun á costa de grandes eventualidades de pérdida, se habían lanzado sobre los géneros coloniales, que presentaban estas condiciones en el mas alto grado. Se especulaba, pues, con pasión sobre el café, el azúcar, el añil, el algodón; se corría á Amberes, á Maguncia, á Francfort, á Milan, donde el gobierno hacia vender las mercancías llegadas en los carros de artillería, que habían conducido bombas y balas á orillas del Elba, trayendo azúcar y café al retorno. Hasta las maderas, por saberse que Napoleon las necesitaba indispensablemente para los numerosos navíos que se construían de su orden en todos los arsenales de Francia, vinieron á ser objeto de un agiotage desenfrenado, y sobre la base movediza y peligrosa de estas especulaciones se creaban brillantes edificios de fortuna, apareciendo y desapareciendo alternativamente á los ojos de un público sorprendido, atónito y celoso.

En tan grande empuje la prudencia había sido naturalmente la virtud menos observada, especulándose no solo mas allá de las necesidades por satisfacer, sino tambien mas lejos de los recursos para pagar. Mientras que la industria producía mucho mas de lo que estaba á su alcance vender, los agiotistas sobre las primeras materias pugaban por comprarlas en cantidad mucho mayor que la que podia emplear la industria, y haciendo subir su coste á precios exagerados como consecuen-

cia inevitable. Para sustentar estos mercados imprudentes se habían creado recursos de crédito artificiales. Así, entregándose una casa de Paris al comercio de maderas de construcción y de géneros coloniales, tomaba al mes de una casa de Amsterdam, que le prestaba su crédito, no menos de millon y medio de francos; esta tomaba de otras, y tomando estas últimas de Paris, para reembolsarse, se habían creado de esta manera recursos ficticios, que en el lenguaje familiar del comercio se llaman papel de circulación. Espiándolo, pero no comprendiéndolo todo la policía, había creído ver en artificio semejante una trama de los partidos, y apresuróse á denunciarlo al emperador. Ofuscado éste de pronto, tranquilizóse muy luego al saber por el ministro del Tesoro el secreto de la supuesta conjura (1).

Ni se usaba de mayor cautela en la manera de gozar de estos provechos que en los medios de proporcionárselos. Aquellos nuevos acaudalados se dieron prisa á ostentar sus fortunas adquiridas rápidamente, y á comprar de la caja de amortización los palacios y casas de campo de la antigua nobleza, que había heredado el Estado bajo el título de bienes nacionales. No se compraban como antes á vil precio y con asignados, sino por dinero, por mucho dinero y sin repugnancia, pues veinte años trascurridos desde la confiscación habían hecho perder el recuerdo de la injusticia del Estado y de la desventura de los antiguos dueños.

(1) He hallado toda una correspondencia entre el ministro de Policía y el del Tesoro sobre este hecho singular, que ofuscó á la autoridad por largo tiempo antes de que llegará á explicárselo.

De estos recursos de las enagenaciones de bienes se servía Napoleón de vez en cuando para completar sus presupuestos, sobre todo en los países conquistados, recurso que le había proporcionado la caja de amortización con vender oportunamente, poco á poco y con la conveniente prudencia, los inmuebles que le eran entregados. En París había fabricantes justamente enriquecidos con su trabajo, especuladores en géneros coloniales, enriquecidos de una manera menos honrosa, que poseían las mejores y las más calificadas fincas (1).

Este desbordamiento de especulaciones, de súbitas fortunas, de goces inmoderados, había echado raíz mucho antes, se había contenido un momento en 1809 por consecuencia de la guerra de Austria, había vuelto al celebrarse la paz de Viena, se había desarrollado sin obstáculo y sin tasa durante el curso del año de 1810, y al cabo á principios de 1811 había venido á parar á la catástrofe inevitable, que sigue siempre á las exageraciones industriales y mercantiles de esta naturaleza.

Tiempo había que no se vivía más que de créditos ficticios que se prestaban unos á otros, especialmente entre Hamburgo, Amsterdam y París, cuando una última venta, ejecutada en Amberes por cuenta del gobierno y consistente en cargamentos americanos, atrajo gran número de compradores. Se trataba de comprar y pagar cerca de 60.000.000 de francos de mercancías. Notando Na-

(1) También en la correspondencia del ministro del Tesoro, analizando para Napoleón la causa de la mayor parte de las bancarrotas de aquel tiempo, he hallado la prueba de este hecho curioso y digno de nota.

poleon los ahogos, que empezaban á revelarse, concedió plazos para el pago; pero todos echaron de ver tal apuro y no se necesitaba más para engendrar la desconfianza. Al propio tiempo casas importantes de Brema, de Hamburgo, de Lubeck, que se habían dedicado más ó menos lícitamente al comercio de los géneros coloniales, embarazadas primero por el bloqueo continental, paralizadas en breve del todo por la incorporación de su país á la Francia, sucumbían, ó renunciaban espontáneamente á los negocios. Esta reunión de circunstancias produjo al fin la crisis. Una casa de Lubeck dió la señal de las quiebras: la más antigua y respetable casa de Amsterdam, que con el cebo de comisiones de monta se había dejado arrastrar á prestar su crédito á los negociantes más temerarios de París, siguió la señal dada en Lubeck: las casas de París, que vivían de los recursos debidos á esta casa holandesa, vieron puesto inmediatamente en claro el artificio de su existencia. Se lamentaron, pusieron el grito en el cielo y llegaron á implorar al gobierno su ayuda. Napoleón, que, sin confesarlo, conocía á fondo la parte que tenía en tal crisis, y que no quería que el nacimiento de un heredero del trono, que tanto se había deseado, y se acababa de conseguir, y se iba á solemnizar muy pronto, fuera acompañado de circunstancias aflictivas, se apresuró á anunciar que estaba dispuesto á auxiliar á las casas apuradas. Con razón quería hacerlo prestamente y sin ruido para ejecutarlo con más eficacia. Por desgracia las opiniones personales de su ministro del Tesoro y la extraña vanidad de una de las casas socorridas, se opusieron á que estos designios se realizaran pun-